

„guerra á que nos han forzado los franceses, y pues-
 „tos en tranquilidad y restituido al trono nuestro
 „rey y señor Fernando VII, bajo él y por él se con-
 „vocarán cortes, se reformarán los abusos, y se es-
 „tablecerán las leyes que el tiempo y la experiencia
 „dicten para el público bien y felicidad; cosas que
 „sabemos hacer los españoles, que las hemos hecho
 „con otros pueblos sin necesidad de que vengan
 „los... franceses á enseñárnoslo...” Dedúzcase de
 aquí si fué un fanatismo ciego y brutal el verdade-
 ro móvil de la gloriosa insurreccion de España, co-
 mo han querido persuadirlo extrangeros interesados
 ó indignos hijos de su propio suelo.

Jaen y Córdoba se sublevaron á la noticia de la
 declaracion de Sevilla, y se sometieron á su junta,
 creando otras para su gobierno particular, en que
 entraron personas de todas clases. En Jaen descon-
 fiándose del corregidor Don Antonio María de Lo-
 mas, le trasladaron preso á pocos dias á Valdepe-
 ñas de la Sierra, en donde el pueblo alborotado le
 mató á fusilazos. Córdoba se apresuró á formar su
 alistamiento, dirigió gran muchedumbre de paisa-
 nos á ocupar el puente de Alcolea, dándose el man-
 do de aquella fuerza armada, llamada vanguardia
 de Andalucía, á Don Pedro Agustin de Echávar-
 ri. Aprobó la junta de Sevilla dicho nombramiento;
 la que por su parte no cesaba de activar y promo-
 ver las medidas de defensa. Confió el mando de to-
 do el ejército á Don Francisco Javier Castaños, re-
 compensa debida á su leal conducta, y el 9 de ju-

nio salió este general á desempeñar su honorífico
 encargo.

Entre tanto quedaba por terminar un asunto que
 al paso que era grave, interesaba á la quietud y
 aun á la gloria de Cádiz. La escuadra francesa sur-
 ta en el puerto todavía tremolaba á su bordo el pa-
 bellon de su nacion, y el pueblo se dolia de ver iza-
 da tan cerca de sus muros y en la misma bahía una
 bandera tenida ya por enemiga. Era ademas muy
 de temer, abierta la comunicacion con los ingleses,
 que no consintiesen estos tener largo tiempo casi
 al costado de sus propias naves y en perfecta segu-
 ridad, una escuadra de su aborrecido adversario.
 Instó por consiguiente el pueblo en que prontamen-
 te se intimase la rendicion al almirante frances Ros-
 silly. El nuevo general Morla, fuera prudencia pa-
 ra evitar efusion de sangre, ó fuera que anduviese
 aun dudoso en el partido que le convenia abrazar
 (sospecha á que da lugar su posterior conducta),
 procuraba diferir las hostilidades divirtiendo la
 atencion pública con mañosas palabras y dilaciones.
 El almirante frances con la esperanza de que avan-
 zasen á Cádiz tropas de su nacion, pedia que no se
 hiciese novedad alguna, hasta que el emperador
 contestase á la demanda hecha en proclamas y de-
 claraciones de que se entregase á Fernando VII:
 estratagemas que ya no podia engañar ni sorprender
 á la honradez española. Aprovechándose de la tar-
 danza, mejoraron los franceses su posicion, metién-
 dose en el canal del arsenal de la Carraca, y colo-

Rendicion de
 la escuadra
 francesa sur-
 ta en Cádiz.

cándose de suerte que no pudieran ofenderles los fuegos de los castillos ni de la escuadra española. Constaba la francesa de cinco navíos y una fragata: su almirante Mr. de Rossilly hizo despues una nueva proposicion, y fué que para tranquilizar los ánimos saldria de bahía si se alcanzaba del británico, anclado á la boca, el permiso de hacerse á la vela sin ser molestado; y si no, que desembarcaria sus cañones, conservaria á bordo las tripulaciones y arriaria la bandera, dándose mutuamente rehenes, y con el seguro de ser respetado por los ingleses. Morla rehusó dar oidos á proposicion alguna que no fuese la pura y simple entrega.

Hasta el 9 de junio se babian grolongado estas pláticas, en cuyo dia temiéndose el enojo público, se rompió el fuego. El almirante ingles Collingwood que de Tolon habia venido á suceder á Purvis, ofreció su asistencia; pero no juzgándola precisa, fué desechada amistosamente. Empezó el caño del trocadero á batir á los enemigos, sosteniendo sus fuegos las fuerzas sutiles del arsenal y las del apostadero de Cádiz que fondearon frente de Fort-Luis. El navío frances Algeciras incomodado por la batería de morteros de la cantera, la desmontó: tambien fué á pique una cañonera mandada por el alferéz Valdes, y el místico de Escalera, pero sin desgracia. La pérdida de ambas partes fué muy corta. Continué el fuego el 10, en cuyo dia á las tres de la tarde el navío Héroe frances que montaba el almirante Rossilly, puso bandera española en el trin-

quete, y afirmó la de parlamento el navío Príncipe, en el que estaba Don Juan Ruiz de Apodaca, comandante de nuestra escuadra. Abriéronse nuevas conferencias que duraron hasta la noche del 13, y en ella se intimó á Rossilly que á no rendirse, romperian fuego destructor dos baterías levantadas junto al puente de la nueva poblacion. El 14 á las siete de la mañana izó el navío Príncipe la bandera de fuego, y entónces se entregaron los franceses á merced del vencedor. Regocijó este triuufu, si bien no costoso ni dificil, porque con eso quedaba libre y del todo desembarazado el puerto de Cádiz, sin haber habido que recurrir á las fuerzas marítimas de los nuevos aliados.

En tanto Sevilla acelerando el armamento y la organizacion militar, envió á todas partes avisos y comisionados; y Canarias y las provincias de América no fueron descuidadas en su solícita diligencia. Quiso igualmente asentar con el gobierno ingles directas relaciones de amistad y alianza, no bastándole las que interinamente se habian entablado con sus almirantes y generales: á cuyo fin diputó con plenos poderes á los generales Don Adrian Jácome y Don Juan Ruiz de Apodaca, que despues verémos en Inglaterra. Ahora conviene seguir narrando la insurreccion de las otras provincias.

Hemos referido mas arriba que Córdoba y Jaen habian reconocido la supremacia de Sevilla. No fué así en Granada. Asiento de una capitania general y de una chancillería, no habia estado aveza-

da aquella ciudad, así por esto como por su extensión y riqueza, á recibir órdenes de otra provincia. Por tanto determinó elegir un gobierno separado, levantar un ejército propio suyo, y concurrir con brillantez y esfuerzo á la comun defensa. En los dos últimos meses se habian dejado sentir los mismos síntomas de desasosiego que en las otras partes; pero no adquirió aquel descontento verdadera forma de insurreccion hasta el 29 de mayo. A la una de aquel dia entró por la ciudad á caballo y con grande estruendo el teniente de artillería Don José Santiago que traia pliegos de Sevilla. Acompañado de paisanos de las cercanías y de otros curiosos que se agregaron con tanta mas facilidad cuanto era domingo, se dirigió á casa del capitán general.

Eralo á la sazón Don Ventura Escalante, hombre pacífico y de escaso talento, quien aturdido con la noticia de Sevilla, se quedó sin saber á qué partido ladearse. Por de pronto con evasivas palabras se limitó á mandar al oficial que se retirase, con lo que creció por la noche la agitacion, y agriamente se censuró la conducta tímida del general. Ser el dia siguiente 30 el de S. Fernando, no poco influyó para acalorar mas los ánimos. Así fué que por la mañana agolpándose mucha gente á la plaza nueva, en donde está la chancillería, residencia del capitán general, se pidió con ahinco por los que allí se agruparon, que se proclamase á Fernando VII. El general en aquel aprieto con gran séquito de oficiales, personas de distincion y rodeado de la

turba conmovida, salió á caballo, llevando por las calles como en triunfo el retrato del deseado rey. Pero viendo el pueblo que las providencias tomadas se habian limitado al vano aunque ostentoso paseo, se indignó de nuevo, é incitado por algunos acudió de tropel, y por segunda vez á casa del general, y sin disfraz le requirió, que desconfiándose de su conducta, era menester que nombrase una junta, la cual, encargada que fuese del gobierno, cuidara con particularidad de armar á los habitantes. Cedió el Escalante á la imperiosa insinuacion. Parece ser que el principal promovedor de la junta, y el que dió la lista de sus miembros, fué un monge gerónimo llamado el P. Puebla, hombre de vasta capacidad y de carácter firme. Eligióse por presidente al capitán general, y mas de cuarenta individuos de todas clases entraron á componer la nueva autoridad. Al instante se pensó en medidas de guerra: el entusiasmo del pueblo no tuvo límites, y se alistó la gente, en términos que hubo que despedir gran parte. Llovieron los donativos y las promesas, y bien pronto no se vieron por todos lados sino fábricas de monturas, de uniformes y de composicion de armas. Granada puede gloriarse de no haber ido en zaga en patriotismo y heróicos esfuerzos á ninguna otra de las provincias del reino. Y ¡ojalá que en todas hubiera habido tanta actividad y tanto orden en el empleo de sus medios!

Pero ciudad extendida é indefensa, hubiera sin embargo corrido gran riesgo, si alguna fuerza ene-

miga se hubiera acercado á sus puertas. Se hallaba sin tropas, destinadas á otros puntos las que ántes la guarnecian. Un solo batallon suizo que quedaba, por órden de la corte se habia ya puesto en marcha para Cádiz. Felizmente no se habia alejado todavía, y en obediencia á un parte de la junta, retrocedió y sirvió de apoyó á la autoridad.

Declarada con entusiasmo la guerra á Bonaparte, requisito que acompañaba siempre á la insurreccion, se llamó de Málaga á Don Teodoro Reding su gobernador para darle el mando de la gente que se armase, y tuvo la especial comision de adiestrarla y disciplinarla el brigadier Don Francisco Abadía, quien la desempeñó con celo y bastante acierto. Todos los pueblos de la provincia imitaron el ejemplo de Granada. En Málaga pereció desgraciadamente el 20 de junio el vice-cónsul frances Mr. D'Agaud y Don Juan Croharé que sacó á la fuerza el populacho del Castillo de Gibralfaro en donde estaban detenidos. Pero sus muertes no quedaron impunes, vengándolas el cadalso en la persona de Cristobal Avalos y de otros dos, á quienes se consideró como principales culpados.

La junta de Granada no contenta con los auxilios propios y con las armas que aguardaba de Sevilla, envió á Gibraltar en comision á Don Francisco Martinez de la Rosa, quien á pesar de su edad temprana, era ya catedrático en aquella universidad, y mereció por sus aventajadas partes ser honrado con encargo de tanta confianza. No dejó en

su viage de encontrar con embarazos, recelosos los pueblos de cualquiera pasagero que por ellos transitaba. Siendo el segundo español que en comision fué á Gibraltar para anunciar la insurreccion de las provincias andaluzas, le acogieron los moradores con júbilo y aplauso. No tanto el gobernador Sir Hugo Dalrymple. Prevenido en favor de un enviado de Sevilla, que era el que le habia precedido, temia el ingles una fatal desunion si todós no se sometian á un centro comun de autoridad. Al fin descendió en suministrar al comisionado de Granada fusiles y otros pertrechos de guerra, con lo que, y otros recursos que le facilitaron en Algeciras, cumplió satisfactoriamente con su encargo. A la llegada de tan oportunos auxilios se avivó el armamento, y en breve pudo Granada reunir una division considerable de sus fuerzas á las demas de Andalucía, capitanéándolas el mencionado Don Teodoro Reding, de quien era mayor general Don Francisco Abadía, y teniendo por intendente á Don Carlos Veramendi, sugetos todos tres muy adecuados para sus respectivos empleos.

Deslustróse el limpio brillo de la revolucion granadina con dos deplorables acontecimientos. Don Pedro Trujillo, antiguo gobernador de Málaga, residia en Granada, y mirábasele con particular encono por su anterior proceder y violentas exacciones, sin recomendarle tampoco á las pasiones del dia su enlace con Doña Micaela Tudó, hermana de la amiga del príncipe de la Paz. Hiciéronse mil

conjeturas acerca de su mansion, é imputábasele tener algun encargo de Murat. Para protegerle y calmar la agitacion pública, se le arrestó en la Alambra. Determinaron despues bajarle á la cárcel de corte, contigua á la chancillería, y esta fué su perdicion, porque al atravesar la plaza nueva se amontonó gente dando gritos siniestros, y al entrar en la prision se echaron sobre él á la misma puerta y le asesinaron. Lleno de heridas arrastraron como furiosos su cadáver. Aachacóse entre otros á tres negros el homicidio, y sumariamente fueron condenados, ejecutados en la cárcel, y ya difuntos puestos en la horca una mañana. Al asesinato de Trujillo siguiéronse otros dos, el del corregidor de Velez-Málaga y el de Don Bernabé Portillo, sugerido á la economía política, y digno de aprecio por haber introducido en la abrigada costa de Granada el cultivo del algodon. Su indiscrecion contribuyó á acarrearle su pérdida. Ambos habian sido presos y puestos en la cartuja extramuros para que estuviesen mas fuera del alcance de insultos populares. El 23 de junio, dia de la octava del Corpus, habia en aquel monasterio una procesion. Despachábase por los monges con motivo de la fiesta mucho vino de su cosecha, y un lego era el encargado de la venta. Viendo este á los concurrentes alegres y enardecidos con el mucho beber, díjoles: „Mas valia no dejar impunes á los dos traidores que „tenemos adentro.” No fué necesario repetir la leve insinuacion á hombres ébrios y casi fuera de sen-

tido. Entraron pues en el monasterio, sacaron á los dos infelices y los apuñalaron en el Triunfo. Sañudo el pueblo parecia inclinarse á ejecutar nuevos horrores, maliciosamente incitado por un fraile de nombre Roldan. Doloroso es en verdad que ministros de un Dios de paz embozados con la capa del patriotismo se convirtiesen en crueles carniceros. Por dicha el síndico del comun llamado Garcilaso, distrajo la atencion de los sediciosos, y los persuadió á que no procediesen contra otros sin suficientes y justificativas pruebas. La autoridad no desperdió la noche que sobrevino: prendió á varios, y de ellos hizo ahorcar á nueve, que cubiertas las cabezas con un velo, se suspendieron en el patibulo, enviando despues á presidio al fraile Roldan. Aunque el castigo era desusado en su manera, y recordaba el misterioso secreto de Venecia, mantuvo el órden y volvió á los que gobernaban su vigoroso influjo. Desde entónces no se perturbó la tranquilidad de Granada, y pudieron sus gefes con mas sosiego ocuparse en las medidas que exigia su noble resolucion.

La provincia de Extremadura habia empezado á desasosegarse desde el famoso aviso del alcalde de Móstoles, que ya alcanzó á Badajoz en 4 de mayo. Era gobernador y comandante general el conde de la Torre del Fresno, quien en su apuro se asesoró con el marques del Socorro, general en gefe de las tropas que habian vuelto de Portugal. Ambos convocaron á junta militar, y de sus resultas

Levantamien-
to de Extrema-
dura.

se dió el 5 una proclama contra los franceses, la primera quizá que en este sentido se publicó en España, enviando además á Lisboa, Madrid y Sevilla varios oficiales con comisiones al caso é importantes. Obraron de buena fe Torre del Fresno y Socorro en paso tan arriesgado; pero recibiendo nuevos avisos de estar restablecida la tranquilidad en la capital, así uno como otro mudaron de lenguaje y sostuvieron con empeño el gobierno de Madrid. Habian alucinado á Socorro cartas de antiguos amigos suyos, y halagádole la resolucion de Murat de que volviese á su capitania general de Andalucía para donde en breve partió. Su ejemplo y sus consejos arrastraron á Torre del Fresno que careciade prendas que le realzasen: general cortesano y protegido como paisano suyo por el príncipe de la Paz, aplácale mas la vida floja y holgada, que las graves ocupaciones de su destino. Sin la necesaria fortaleza aun para tiempos tranquilos, mal podia contrarrestar el torrente que amenazaba. La fermentacion crecia, menguaba la confianza hácia su persona, y avivando las pasiones los impresos de Madrid que tanto las despertaron en Sevilla, trataron entónces algunas personas de promover el levantamiento general. Se contaban en su número y eran los mas señalados Don José María Calatrava, despues ilustre diputado de cortes, el teniente rey Mancio y el tesorero Don Felix Ovalle, quienes se juntaban en casa de Don Alonso Calderon. Concertóse en las diversas reuniones un vasto plan que el 3 ó 4 de ju-

nio debia ejecutarse al mismo tiempo en Badajoz y cabezas de partido. En el ardor que abrigaban los pechos españoles no era dado calcular friamente el momento de la explosion como en las comunes conjuraciones. Ahora todos conspiraban, y conspiraban en calles y plazas. Ciertos individuos formaban á veces propósito de enseñorearse de esta disposicion general y dirigirla; pero un incidente prevenia casi siempre sus laudables intentos.

Así fué en Badajoz, en donde un caso parecido al de la Coruña anticipó el estampido. Habia ordenado el gobernador que el 30, dia de San Fernando, nó se hiciese la salva, ni se enarbolase la bandera. Notóse la falta, se apiñó la gente en la muralla, y una muger atrevida despues de reprender á los artilleros, cogió la mecha y prendió fuego á un cañon. Al instante dispararon los otros, y á su sonido levantóse en toda la ciudad el universal grito de *viva Fernando VII, y mueran los franceses*. Cuadrillas de gente recorrieron las calles con banderolas, panderos y sonajas, sin cometer exceso alguno. Se encaminaron á casa del gobernador, cuya voz se empleó exclusivamente en predicar la quietud. Impacientáronse con sus palabras los numerosos espectadores, y ultrajáronle con el denuesto de traidor. Miéntas tanto y azarosamente llegó un postillon con pliegos, y se susurró ser correspondencia sospechosa y de un general frances. Ciegos de ira y sordos á las persuasiones de los prudentes, enfureciéronse los mas, y treparon sin demora hasta

entrarse por los balcones. Acobardado Torre del Fresno, se evadió por una puerta falsa, y en compañía de dos personas aceleró sus pasos hácia la puerta de la ciudad que da al Guadiana. Advirtiendo su ausencia, siguieron la huella, le encontraron, y rodeado de gran gentío se metió en el cuerpo de guardia sin haber quien le obedeciese. Cundió que se fugaba, y en medio de la pendencia que suscitó el quererle defender unos y acometerle otros, le hirió un artillero, y lastimado de otros golpes de paisanos y soldados, fué derribado sin vida. Arrastraron despues el cadáver hasta la puerta de su casa, en cuyos umbrales le dejaron abandonado. Víctima inocente de su imprudencia, nunca mereció el injurioso epíteto de traidor con que amargaron sus últimos suspiros.

El brigadier de artillería Don José Galluzo fué elevado al mando supremo, y al gobierno de la plaza el teniente rey Don Juan Gregorio Mancio. Interinamente se congregó una junta de unas veinte personas escogidas entre las primeras autoridades y hombres de cuenta. Los partidos constituyeron del mismo modo otras en sus respectivas comarcas, y unidos obedecieron las órdenes de la capital. Hubo por todas partes el mejor orden, á excepcion de la ciudad de Plasencia y de la villa de los Santos, en donde se ensangrentó el alzamiento con la muerte de dos personas. Las clases sin distincion se esmeraron en ofrecer el sacrificio de su persona y de sus bienes, y los mozos acudieron á enregi-

mentarse como si fuesen á una festiva romería.

Entristeció sin embargo á los cuerdos el absoluto poder que por pocos dias ejerció el capitan Don Ramon Gavilanes, despachado de Sevilla para anunciar su pronunciamiento. Al principio con nueva tan halagüeña colmó su llegada de júbilo y satisfaccion. Acibaróse luego al ver que por la flaqueza de Don José Galluzo procedió el Gavilanes á manera de dictador de índole singular, repartiendo gracias y honores, y aun inventando oficios y empleos ántes desconocidos. La junta sucumbió á su influjo, y confirmó casi todos los nombramientos; mas volviendo en sí puso término á las demasías del intruso capitan, procurando que se olvidase su propia debilidad y condescendencia con las medidas enérgicas que adoptó. Despues ella misma legitimó la autoridad provincial convocando una junta á que fueron llamados representantes de la capital, de los otros partidos, de los gremios y principales corporaciones.

Casi desmantelada la plaza de Badajoz y desprovistos sus habitantes de lo mas preciso para su defensa, fué su resolucion harto osada, estando el enemigo no léjos de sus puertas. Ocupaba á Yelbes el general Kellerman, y para disfrazar el estado de la ciudad alzada, se emplearon mil estratagemas que estorbasen un impensado ataque. La guarnicion estaba reducida á 500 hombres. La milicia urbana cubria á veces el servicio ordinario. Uno de los dos regimientos provinciales estaba fuera de Extrema-

dura, el otro permanecía desarmado. Las demas plazas de la frontera débiles de suyo, ahora lo estaban aun mas, arruinándose cada dia las fortificaciones que las circuián. Todo al fin fué remediándose con la actividad y zelo que se desplegó. Al acabar junio contó ya el ejército extremeño 20,000 hombres. Sirvieron mucho para su formacion los españoles que á bandadas se escapaban de Portugal á pesar de la estrecha vigilancia de Junot: y de los pasados portugueses, y del propio ejército frances pudo levantarse un cuerpo de extrangeros. Importantísimo fué para España, y particularmente para Sevilla, el que se hubiera alzado Extremadura. Con su ayuda se interrumpieron las comunicaciones directas de los franceses del Alentejo y de la Mancha, y no pudieron estos ni combinar sus operaciones, ni darse la mano para apagar la hoguera de insurreccion encendida en la principal cabeza de las Andalucías.

Ocupadas ú observadas de cerca por el ejército frances las cinco provincias en que se divide Castilla la Nueva, no pudieron en lo general sus habitantes formar juntas ni constituirse en un gobierno estable y regular. Procuraron con todo en muchas partes cooperar á la defensa comun, ya enviando mozos y auxilios á las que se hallaban libres, ya provocando y favoreciendo la desercion de los regimientos españoles que estaban dentro de su territorio, y ya tambien hostigando al enemigo é interceptando sus correos y comunicaciones. El ardor

Comunicaciones
en Castilla la
Nueva

de Castilla por la causa de la patria caminaba al par del de las otras provincias del reino, y á veces raros ejemplos de valor y bizarría ennoblecieron é ilustraron á sus naturales. Mas adelante veremos los servicios que allí se hicieron, sobre todo en la desprevenida y abierta Mancha. Ya desde el principio se difundieron proclamas para excitar á la guerra, y aun hubo parages en que hombres atrevidos dieron acertado impulso á los esfuerzos individuales.

Penetradas de iguales sentimientos y alentadas por la proteccion que las circunstancias les ofrecian, lícito les fué á las tropas que tenian sus acantonamientos en los pueblos castellanos, desampararlos é ir á incorporarse con los ejércitos que por todas partes se levantaban. Entre las acciones que brillaron con mas pureza en estos dias de entusiasmo y patriotismo, asombrosa fué y digna de mucha loa la resolucion de Don José Veguer, comandante de zapadores y minadores, quien desde Alcalá de Henares y á tan corta distancia de Madrid, partió en los últimos dias de mayo con 110 hombres, la caja, las armas, banderas, pertrechos y tambores, y desoyendo las promesas que en su marcha recibió de un emisario de Murat, en medio de fatigas y peligros, amparado por los habitantes, y atravesando por la sierra de Cuenca, tomó la vuelta de Valencia, á cuya junta se ofreció con su gente. Al amor de la insurreccion que cundia, buscaron los otros soldados el honroso sendero ya trillado por los

zapadores. Así se apresuraron en la Mancha á imitar su glorioso ejemplo los carabineros reales, y en Talavera sucedió otro tanto con los voluntarios de Aragon y un batallon de Saboya que iban con destino á domeñar la Extremadura. ¡Qué mas? De Madrid mismo desertaban oficiales y soldados sueltos de todos los cuerpos y partidas enteras, como se verificó con una de dragones de Lusitania y otra del regimiento de España, la cual salió por sus mismas puertas sin estorbo ni demora. Fácil es figurarse cuál sería la sorpresa y aturdimiento de los franceses al ver el desórden y la agitacion que reinaban en las poblaciones mismas de que eran dueños, y la desconfianza y desmayo que debían sembrarse en sus propias filas. Por momentos se acrecentaban sus zozobras, pues cada dia recibían la nueva de alguna provincia levantada, y no poco los desconcertó el correo portador de lo que pasaba en la parte oriental de España que vamos á recorrer.

Levantamiento de Cartagena y Murcia.

Fué allí Cartagena la primera que dió la señal, compeliendo á levantar el estandarte de independencia á Murcia y pueblos de su comarca. Plaza de armas y departamento de marina reunía Cartagena un cúmulo de ventajas que fomentaban el deseo de resistencia que la dominaba. Se esparció el 22 de mayo que el general D. José Justo Salcedo pasaba á Mahon para encargarse de nuevo del mando de la escuadra allí fondeada y conducirla á Tofon. Interesaba esta providencia á un departamento de cuya bahía aquella escuadra habia levado el

ancla, y en donde se albergaban muchas personas conexas con las tripulaciones de su bordo. Por acaso en el mismo dia vinieron las renuncias de Bayona, vehemente incitativo al levantamiento de toda España, y con ellas otras noticias tristes y desconsoladoras. Amontonándose á la vez novedades tan extraordinarias, causaron una tremenda explosion. El cónsul de Francia se refugió á un buque dinamarqués. Reemplazó á D. Francisco de Borja, capitan general del departamento D. Baltasar Hidalgo de Cisneros, siendo despues el 10 de junio inmediato asesinado el primero de resultas de un alboroto á que dió ocasion un artículo imprudente de la gaceta de Valencia. Escogieron por gobernador al marqués de Camarena la Real, coronel del regimiento de Valencia, y se formó en fin una junta de personas distinguidas del pueblo, en cuyo número brillaba el sábio oficial de marina D. Gabriel Ciscar. Cartagena declarada era un fuerte estribo en que se podían apoyar con fiadanza la provincia de Murcia y toda la costa. Abiertos sus arsenales y depósitos de armas, era natural que proveyesen en abundancia, como así lo hicieron, de pertrechos militares á todos los que se agregasen para sostener la misma causa. Nada se omitió por la ciudad despues de su insurreccion para aguijar á las otras. Y fué una de sus oportunas y primeras medidas poner en cobro la escuadra de Mahon, á cuyo puerto y con aquel objeto fué despachado el teniente de navío D. José Duelo, quien llegando á

tiempo impidió que se hiciese á la vela como iba Salcedo á verificarlo conformándose con una orden de Murat recibida por la via de Barcelona.

De los emisarios que Cartagena habia enviado á otras partes penetraron en Murcia á las siete de la mañana del 24 de mayo cuatro oficiales aclamando á voces á Fernando VII. Se conmovió el pueblo á tan desusado rumor, y los estudiantes de S. Fulgencio, colegio insigne por los claros varones que ha producido, se señalaron en ser de los primeros á abrazar la causa nacional. Acrecentándose el tumulto, los regidores con el cabildo eclesiástico y la nobleza tuvieron ayuntamiento, y acordaron la proclamacion solemne de Fernando, ejecutándose en medio de universales vivas. No hubo desgracias en aquella ciudad, y solo por precaucion arrestaron á algunos mirados con malos ojos por el pueblo y al que hacia de cónsul frances. En la de Villena pereció su corregidor y algun dependiente suyo, hombres ántes odiados. Se eligió una junta de dieciseis personas entre las de mas monta, resaltando en la lista el conde de Florida-Blanca, con quien á pesar de su avanzada edad todavía nos encontraremos. El mando de las tropas se confió á D. Pedro Gonzalez de Llamas, antiguo coronel de milicias, y comenzaron á adoptarse medidas de armamento y defensa. Como esta provincia por lo que respecta á lo militar dependia del capitan general de Valencia, sus tropas obraron casi siempre y de consu-

no, por lo ménos en un principio, con las restantes de aquel distrito.

Pero entre las provincias bañadas por el Mediterráneo, llamó la atencion sobre todas la de Valencia. Indispensable era que así fuese al ver sus heroicos esfuerzos, sus sacrificios y desgraciadamente hasta sus mismos y lamentables excesos. Tributáronse á unos los merecidos elogios, y arrancaron los otros justos y acerbos vituperios. Los naturales de Valencia activos é industriosos, pero propensos al desasosiego y á la insubordinacion, no era de esperar que se mantuviesen impasibles y tranquilos, ahora que la desobediencia á la autoridad intrusa era un título de verdadera é inmarcesible gloria. Sin embargo, ni los trastornos de marzo, ni los pasmosos acontecimientos que desde entónces se agolparon unos en pos de otros, habian suscitado sino hablillas y corrillos hasta el 23 de mayo. En la madrugada de aquel dia se recibió la gaceta de Madrid del 20, en la que se habian insertado las renunciaciones de la familia real en la persona del emperador de los franceses. Solian por entónces gentes del pueblo juntarse á leer dicho papel en un puesto de la plazuela de las Pasas, encargándose uno de satisfacer en voz alta la curiosidad de los demas concurrentes. Tocó en el 23 el desempeño de la agradable tarea á un hombre fogoso y atrevido, quien al relatar el artículo de las citadas renunciaciones rasgó la gaceta y lanzó el primer grito de *Viva Fernando VII, y mueran los franceses*. Respondieron

Levantamiento
de Valencia.